

## GLORIAS MILITARES ESPAÑOLAS.



Hugo d.

V. Castelló

### DON HUGO DE MONCADA.



os eternos detractores de la España, los enemigos irreconciliables de nuestras glorias y grandezas, tienen muchas veces que humillar la cerviz, y mal que les pese reconocer el mérito y el valor de no pocos varones ilus-

tres que en todos los tiempos han florecido en esta nación tan grande hace algunos siglos, como olvidada en el presente.

El teatro de las continuas agitaciones de Italia á principios del siglo XVI ofrece á cada paso mil recuer-

dos de los hechos de valor mas distinguidos. El célebre valenciano D. Hugo de Moncada, hijo de D. Pedro de Moncada, señor de Aytona, merece bajo todos conceptos que le dediquemos hoy algunas líneas en nuestro SEMANARIO.

Cuando Carlos VIII Rey de Francia, al frente de un poderoso ejército invadió los estados de Nápoles, se alistó Moncada en sus banderas, juntamente con otros españoles que anhelaban señalarse en la carrera de las armas, entonces la mas distinguida y acaso la única que abría las puertas de la gloria á la juventud, porque como dice un célebre cronista: «era preciso estar continuamente en acecho, ensillado el caballo y las armas á

«punto para no ser sorprendidos por el enemigo.» Moncada era muy joven cuando se alistó de aventurero bajo las banderas francesas y desgraciadamente en aquella expedición favorecida siempre de la fortuna no pudieron distinguirse los españoles que ansiaban encontrar una obstinada resistencia en sus contrarios. Carlos VIII pasó los Alpes, atravesó la Italia con la prontitud del rayo, tomó á Nápoles y terminó su empresa sin haber vencido las mayores dificultades; sin embargo el joven Moncada se dió á conocer en pocos dias de tal modo que fué llamado á Roma por el embajador de España y presentado por él al Papa Alejandro VI que le acogió con la mayor consideración. Reconocido á tantos favores y llevado de la vehemencia de su espíritu, acompañó en varias expediciones á aquel César Borja, comunmente llamado el Duque Valentin, que Cardenal primero, despues caudillo, y siempre turbulento y ambicioso llenó la Iglesia de escándalos y la Italia de sangre. En la escuela de este hombre notable, si D. Hugo no pudo aprender á idear aquellos proyectos tan atrevidos como vastos, se adiestró por lo menos en la osadía, se acostumbró á la continúa agitación, á no desmayar jamás por los reveses de la suerte y á no inquietarse nunca ni vencedor ni vencido.

Era D. Hugo de una estatura regular: en su semblante lleno de dignidad no reflejaba la agitación de su espíritu; sus ojos eran vivos y penetrantes.

Atraído por la fama del Gran Capitan y ardiendo en deseos de servir á su patria, volvió á Nápoles y entró á servir en los tercios españoles. La batalla de Garillano le ofreció ocasiones en que desplegar enteramente todos sus conocimientos militares y aquella intrepidez que asombró al mismo Gonzalo de Córdoba. Desde entonces su vida fué un continuo enlace de elevación, de fortunas y de desgracias. Nombrado gobernador de la Calabria y sin necesidad de echar mano de sus inagotables recursos, bastó solo su presencia para sujetar á los mal contentos y asegurar á Castelvetro de las intenciones hostiles de los franceses. Bien pronto circuló su fama de boca en boca y el Rey Católico queriendo premiar tanto mérito le nombró Virrey de Sicilia y al año siguiente Capitan general de aquel reino é islas adyacentes. Allí superando mil dificultades y los alborotos de los sediciosos, holló las calumnias de sus émulos y supo sostenerse hasta el año de 1548 en que proyectó su expedición á Argel, habiendo sido antes nombrado general de las fuerzas marítimas.

Pero la fortuna le abandonó entonces: el Rey de Tremecen faltó páfidamente á sus promesas. Una tormenta espantosa echó á pique la mayor parte de sus buques y tantos elementos reunidos hicieron que aquella empresa en la que esperaba alcanzar el olivo de la victoria, se malograra completamente. Rebosaban de alegría sus poderosos émulos; pero Moncada haciéndose superior á todo, mostróse sereno en la adversidad, y al año siguiente se hizo á la vela con ocho galeras, deseoso de escarmentar á sus enemigos. A vista de Cerdeña

trabó un sangriento y desigual combate con trece galeras turquesas, y á pesar de la superioridad de sus contrarios quedó dueño de los mares habiendo recibido una profunda herida en el rostro. Navegó seguidamente hácia los Gelves, desembarcó sus tropas y á pesar del desastre que sufrieron las de Diego de Vera, á pesar de otra herida que recibió en la pelea, venció á los bárbaros, é hizo tributario al Xequé de la isla.

Roma que le habia visto en su juventud entregado á los placeres, y siguiendo las banderas del Duque Valentin, le vió despues embajador de Carlos V, y vencedor de sus papas en la carrera intrincada de las negociaciones políticas. Clemente VII tan famoso por su sagacidad, era un novel diplomático al lado de Moncada, que mirándole contrario á los intereses de su soberano, supo oponer el disimulo al disimulo, el engaño á los engaños y socayar debajo de las plantas del presuntuoso diplomático que al fin se vió precisado á abandonar á sus amigos y á entregarse á sus contrarios. Estos eran los Colonias, facción poderosa que sostenida por el embajador español y aprovechándose de la inacción y simplicidad de Clemente, entró á mano armada en Roma, y arrollando la miserable guardia que ceñía las casas pontificias, las entregó todas al pillaje. El Papa advirtiendo tarde su engaño, y encerrado en el castillo de Sant Angelo, no tuvo otro arbitrio que abandonarse á la discreción de Moncada, que entonces le dictó las condiciones del ajuste con una inflexibilidad y una altivez, que espantaron y ofendieron á los romanos.

Su muerte sucedió en 1528, siendo Virrey de Nápoles, provincia que entonces necesitaba de una cabeza tan bien organizada como la de Moncada, tan pronta y decidida para acudir á las terribles urgencias que por todas partes la acosaban. Las tropas del Emperador encerradas en la capital apenas podían sostenerse en ella, y el ejército de Lautrech que habia perdido la esperanza de forzarlas, tomó el partido del bloqueo, tanto mas seguro, cuanto mas sostenido era por la escuadra genovesa, que señoreándose del mar llevaba la abundancia al campo y el hambre á la plaza. En tal apuro tomando el Virrey el consejo que le dictaba su ardimiento, se arrojó á las aguas, y buscó las galeras de Filipin Doria muy superiores á las suyas en fuerzas y en pericia. En medio del mas encarnizado combate en que ya los contrarios iban desanimando, una bala derribó al general español y con su muerte alcanzaron los contrarios una victoria que acaso no hubieran conseguido de otro modo. Tenia Moncada 50 años cuando murió. Su pérdida fué muy sentida de los españoles, á quienes sus grandes virtudes guerreras ilustraban, sirviendo á todos de noble estímulo su ejemplo. Los italianos que no le perdonaron jamás su actividad, se regocijaron con un triunfo que les libertaba de aquel hombre indomable y justiciero.

## ESTUDIOS HIJIÉNICOS.

## ARTÍCULO IV.

de las construcciones modernas.—Condiciones esenciales de la salubridad en las habitaciones de nuestra época.

Al hacer el paralelo entre las costumbres de nuestros antepasados y las nuestras respecto á los detalles de la construcción de las casas, se conoce desde luego la ventaja que les llevamos por haber tenido en cuenta los preceptos de la higiene pública.

Inútil es hablar de la alineación de las calles, de la distribución de las casas por manzanas con la mejor organización para abrir un fácil acceso al aire y favorecer la circulación, no hablaremos tampoco de esos ánditos que existían en las antiguas ciudades romanas y que estaban muy lejos de ofrecer las mismas ventajas de nuestras aceras á los que tienen que recorrerlas á pié. Únicamente nos ocuparemos de los edificios construidos para vivienda de las familias.

De deplorar es ciertamente que el aumento progresivo de las casas en las ciudades populosas vaya haciendo desaparecer poco á poco los jardines, verdaderos *hoasis* de verdura tan agradables á la vista como útiles á la salud. No debemos olvidarnos sin embargo de que cada época y cada localidad tiene sus exigencias particulares: y que lo principal es hacerlas compatibles con las condiciones de salubridad.

En este sentido hay muy poco que decir acerca de los inconvenientes sanitarios de las casas modernas, pues se eclipsan en cierto modo al lado de las ventajas que reúnen.

En primer lugar muy pocas habitaciones dejan de tener un patio mas ó menos espacioso, el cual las coloca entre dos espacios libres en que el aire puede circular fácilmente, gracias al sistema de construcción adoptado en los tiempos modernos. Las ventanas y balcones que sirven de medios de comunicación entre la calle y el patio por medio de las habitaciones, son efectivamente los medios mas activos y mas ventajosos para que la ventilación se verifique de una manera satisfactoria. Con el auxilio de aquellas la atmósfera se renueva todos los instantes del día; y debe notarse que cuando se las abre por la mañana los miasmas de la noche tan bien caracterizados por la expresión generalmente usada de *olor de encerrado*, desaparecen á los pocos minutos.

A este medio de acción debe agregarse el uso de las chimeneas desconocidas de los antiguos y con especialidad de las chimeneas llamadas á la prusiana. El hogar

reemplaza perfectamente la acción hijiénica de las ventanas cuando los rigores del invierno nos obligan á fortificarnos en nuestras habitaciones. Nada hay mas fácil de comprender que la exactitud en esta comparación. Al calentar el fuego las masas de aire mas próximas las hace contraer una gran ligereza y las lleva, ya hácia el cañón de la chimenea, ya hácia el techo de la habitación: este movimiento conservado constantemente por la acción del calor produce una especie de corriente circular entre las partes inferiores y las superiores. De este modo la ventilación por medio del fuego produce los mismos resultados que la ventilación ordinaria; la diferencia solo consiste en las causas.

En la construcción hijiénica de nuestras casas hay además otro punto en que las leyes de la ciencia de la salud se hallan perfectamente observadas. Bajo este punto de vista tenemos una superioridad extraordinaria no solamente sobre los antiguos sino tambien sobre nuestros antepasados de algunos siglos á esta parte. Los lugares de corrupción y las aguas que han servido para los usos domésticos no infestan ya la atmósfera con emanaciones perjudiciales. Los primeros se hallan organizados de manera que pueden establecerse sin inconveniente notable en los puntos mas próximos á las habitaciones. Verdad es que aun les falta mucho para ser una obra bien acabada: pero todo dá margen á creer que á beneficio de los procedimientos de la industria y especialmente á la intervención de la química no se tardará mucho en llegar á resultados completamente satisfactorios.

Respecto á esas aguas tan perjudiciales para la salubridad de las habitaciones, ¿cómo es posible que puedan existir en una casa donde haya mediana limpieza, sino se las dirijiese convenientemente y si las cosas no estuviesen dispuestas de manera que fuesen llevadas con celeridad al canal ó á los grandes sumideros? Estos tubos conductores suben hasta los pisos mas elevados y reciben al mismo tiempo las aguas madres y las aguas llorvedizas. Los chubascos lavan y purifican los canales que en otro caso guardarían inmundicias y producirían en la atmósfera emanaciones perjudiciales.

Así lo repetimos; en una casa medianamente ascada se pueden recorrer todos los pisos tanto en las grandes

habitaciones del rico como en las estrechas celdillas del pobre sin que ningún olor fétido venga á afectar el olfato. Por todas partes el aire circula y se renueva, y el fluido que es puro precisamente porque no se mantiene estacionario constituye tal vez, y no se olvide esta circunstancia, la condicion mas esencial de ese armonioso equilibrio que se llama salud.

¿Será precisa tambien que hablemos de esa vivísima luz que nos inunda por las numerosas ventanas abiertas en las paredes de nuestras casas? que diferencia no hay entre este sistema de construccion y el de los antiguos que se encerraba en sus habitaciones, sin que la luz ni el sol pudiesen penetrar en ellas mas que la que entraba por la puerta que les servia de entrada. Esta luz es tan útil á la vida, tan necesaria al desarrollo de las fuerzas, que el hombre se debilita y pierde el color cuando llega á verse privado de su benéfico influjo. Con-

denadle á la oscuridad, encerrarle en el fondo de una prision ó hacédle bajar á las galerías de una mina y pronto le vereis convertido, por mas sanguíneo que fuese, en linfático y escrofuloso.

Si en nuestros tiempos los límites de la vida han obtenido un ensanche prodigioso, como lo prueba con sus irrecusables testimonios la ciencia de la estadística, nuestro siglo es deudor especialmente de semejante beneficio á la higiene de los lugares que nos sirven de morada.

¡Hasta tal punto llega la fragilidad de nuestra existencia! el menosprecio de los pormenores, el desdeñ con que se miran ciertas leyes que á primera vista no parecen que puedan reportar utilidad alguna, la viciosa combinacion en fin de la luz, del calor, del aire y de la economía interior de las casas, son motivos mas que suficientes para abreviar el término de nuestros días.

## EL TROVADOR Y LA INFANTA.

NOVELA.

### CAPITULO PRIMERO.

Así hablaba la Infanta Doña Catalina y su inseparable dueña Mari-Barba, mientras aquella se trocaba los vestidos de corte por otros mas sencillos.

—Pocos, María, se han mostrado en el torneo tan valientes como él, ninguno tan gallardo. ¡Y muchos le despreciaban! ¿Qué vale la pluma, decian, cuando no se sabe empuñar la lanza? ¿De qué sirve al hombre su fantasía sino tiene denuedo ni valentía en el corazón? Manrique poeta, aun no ha blandido una espada, Manrique entendido, aun no ha conquistado en la lid una corona para su frente; os engañábais. Manrique se llevaba la palma entre la flor de los caballeros, en talento y hermosura, Manrique acaba de venceros tambien en un torneo.

—El es dichoso, señora.... aunque tal vez á costa de la ventura ajena: puede, hace bien de serlo; bien hace en no mirar los estragos que causa. ¿Qué le importa esto viendo su amor por vos, señora, por vos, Infanta de Castilla?... La gloria le rodea con todos sus encantos para hacerlo más hermoso....

Pronunció Mari-Barba con un tono tan amargo estas palabras, que Doña Catalina algo sorprendida no pudo menos de decirle como chanceándose:

—Parece que estás enamorada....

—Eso no, contestó María, tratando de ocultar su dolor, amadlo vos que sois digna de ello, vos la dama mas bella de lo corte, vos hermana del Rey D. Juan el segundo. Yo jamás me atreveré mas que á admirarlo, si con mi admiracion no le ofendo, ni os doy celos.

—Vamos, María, tregua á las chanzas, respondió la Infanta con algun enfado. Deja esta noche abierta la puerta del jardín. Si no le envanecen los aplausos, si me prefiere á la gloria, Manrique debe venir á ofrecerme la corona que hoy ha conquistado.

—Y vendrá, no lo dudéis, á poner á vuestros pies lo que mas aprecia, el laurel obtenido, su corazón, en amorosos versos.

Dichas estas palabras, Mari-Barba acabó de vestir á Doña Catalina, la cual despidiéndose de aquella fuese á juntar con su real familia.

Por lo que vá dicho fácilmente colegirá cualquiera la posicion respectiva de cada una de las personas nombradas. La Infanta Doña Catalina ama al trovador Manrique; su confidenta Mari-Barba á malo tambien, pero sin esperanza, porque su rival tiene mucho mas brillo. Pero la desconsolada doncella no puede avenirse con el papel que hasta entonces ha desempeñado, papel odioso y desgarrador, pues consistía nada menos que en allanar la senda escabrosa que llevaban, para que por ella caminasen sin tropiezo su rival y su amante. Mari-Barba, escurridos sus adentros, y hallando trocada la amistad que desde niña habia profesado al trovador, en una pasión profunda, determinó mudar de conducta, aunque sin decidirse á trazar la que habia de seguir en adelante. Prudentemente haciolo depender de las circunstancias. Estando embobada en estas ideas, vió entrar al Infante D. Enrique.

D. Enrique hondamente apasionado de Doña Catalina y siempre despreciado por ella, hacia algun tiempo

que buscaba la cooperacion de su dueña con un trato amistoso, sabiendo el ascendiente que tenía en su ánimo. No hallándola arisca y cómo había de estarlo cuando ella, aunque sin asentir del todo, hacia también algún tiempo que trataba de hacer de él un instrumento del plan que revolvía en su mente para ver correspondido su amor? determinó mostrarse sin rebozo; y lo hizo así despues de algunos rodeos.

—Yo, Infante de Aragon, puedo hacer mucho por tí, y tal vez podré hacer mas en adelante.... Sin embargo, á tí, muger sin favor oscurecida, vengo á implorar tu proteccion, en lo que puedes mas que yo, á pesar de mi grandeza. Por tus estrechas relaciones con mi prima sabes perfectamente el estado de las nuestras; mi passion, mis pretensiones, su desvío, sus desprecios, conoces nuestro corazon; si en algo pues me estimas, si algo puede hacer por tí mi poderio, abre tus labios, pero abrelos en favor mio, delante de tu señora. Intercede por mí, Mari-Barba, que si por tu mediacion merezco una mirada suya, te deberé mas que la vida.

Estas palabras hicieron temblar á Mari-Barba. Colocáronla de pronto en un punto extremo, desde el cual partian solo dos caminos, ambos igualmente terribles para ella. Accediendo á la instancias del Infante, que era el uno, le era menos difícil verse correspondida por el compañero de su infancia, pero faltaba villanamente á la fidelidad que debía á su señora. Desechando sus proposiciones, que era el otro, cumplía con su deber y satisfacía sus afecciones amistosas, pero destrozaba su corazon arrancando de él la poca esperanza que la sostenia. Decidióse al fin á seguir el primero, pero no sin mirar, con lágrimas en los ojos, el segundo que por primera vez abandonaba.

—Bien, contestó al Infante sollozando, intercederé por vos....

—Gracias, Mari-Barba; mas ¿por qué sollozas?

—Intercediendo por vos seré infiel; y lo seré no por vos, sabedlo, sino por mí, porque nuestra suerte está muy unida, D. Enrique, y triunfando vos tal vez triunfe yo también.

Don Enrique no contento ya con el resultado favorable de su pretension, y sin curarse de las palabras y lloros de su nueva protectora, quiso avanzar un poco mas y añadió:

—¿Si pudiera hablarla esta noche!...

—Eso no puede ser.

—¿No? pues hasta mañana.

—Oíd, añadió Mari-Barba, cuando vió salir al Infante.

—¿Qué me queréis?

—Nada, nada.

—Pues adios, y volvió á echar á andar.

—Oíd, repitió Mari-Barba, estad á las once en la galería que cae al jardín.

—¿La veré allí?

—Si, señor, y estadle hablando hasta que os avise tocando.

—¡Oh! exclamó el Infante loco de alegría, ¡cuanto os debo!...

D. Enrique se fué desde allí á ocuparse en negocios

basto mas graves. Sabido es cuan turbulenta fué la minoría de D. Juan II, como son casi todas las minorías, despues de ido su tío, y gobernador de Castilla, á ocupar el trono de Aragon. Se hicieron los mas osados lugar en palacio, y uno, el mas capaz de todos, D. Alvaro de Luna, se lo adquirió no pequeño en la privanza del Rey y en la gobernacion del Estado. Muchos nobles y principales del Reino, celosos de su elevacion, trataron estando la corte en Tordesillas, de derribarlo á toda costa, para cuyo logro se acercaron al Infante D. Enrique, como la persona mas autorizada y quizá mas á propósito para dar impulso y dirigir á buen término la sedicion. Y ved su posicion al despedirse de Mari-Barba.

Esta procuró recibir á su señora risueña; y la recibió. Pues la muger estremada en todo, lo es mucho mas en el fingimiento. Doña Catalina, segun costumbre, pasó la noche hablando con su confidenta de su querido trovador, recitando sus apasionados versos, y deleitándose en pronunciar mil veces su nombre; deleitándose mientras Mari-Barba lloraba en su corazon.

Sonaron por fin las once tan impacientemente deseadas, y poco despues las cuerdas de un laúd, admirablemente tañido. Era que Manrique llamaba á su amada. Asomóse esta á un balcon que daba al parque, y oyó la siguiente estrofa.



Tu blanda leche, amor mio,  
Déjala si quieres ver

En mi corazón tu imagen,  
Y á tus plantas mi laurel.

Salió en seguida la Infanta de su aposento para ir al parque, pero su primo D. Enrique la aguardaba en la galería. Repugnábale siempre su presencia, pero esta vez mas que nunca, porque mas que nunca ansiaba hablar con su trovador, y porque daría lugar á que atribuyese su tardanza á tibieza, y cuando mas ardiente se sentía su amor.

—¡Siempre en acecho! dijo ágríamente la Infanta, siempre trás de mí!

—Siempre, sí, porque tu recuerdo jamás me abandona.

—Todo es en valde; ya te he dicho que nunca uniré mi suerte á la tuya.

—¡Oh! sí, sí, que será una misma, ¿Tú no quieres que sea en nuestro bien? pues mira, con tal que sea una misma, sea en nuestro mal. Yo seré desdichado, aborrecido; tú serás infeliz, adorada, pues mi amor será perpétuo como perpétuos son tus desdenes. Porque si tu crueldad, con no mirarme jamás compasiva, me mata, mi crueldad con no apartar jamás de ti mis ojos, te matará también. Ya ves, Catalina, que nuestro destino aunque en direccion opuesta, es uno mismo.

Manrique, viendo el ningun efecto de sus canciones, se acercó un poco mas á las paredes del edificio por si no habia sido oído para que los ecos de su laud llegasen á su amada, la cual percibió la siguiente segunda estrofa.

Si acaso escuchas, tirana,  
Mi desolada canción,  
Dirás con frio desprecio:  
»¡Qué importuno trovador!»

No pudiendo la Infanta sufrir la justa cuanto merecida sospecha del que mas que á sí propia amaba, y siéndole imposible desvanecérsela si su primo no se retiraba, le dijo, porque lo verificase, con cuanta dulzura pudo:

—Primo, para hacerse amar es preciso obedecer, que

la desobediencia exaspera y exasperando no se enamora por cierto....

—¡Que obedezca me dices!... ¿Qué no he hecho yo por vencer tu repugnancia? Yo me he arrastrado servilmente á tus pies y tú me has dejado en el suelo con indiferencia. Yo te he hablado con arrogancia y tú me has respondido con altivez. Yo me he mostrado esquivo y tú me has mirado con mofa....

—Bien, bien, se apresuró á decir la Infanta, oyendo las sentidas quejas del trovador, obedece y espera.

—¿Me das palabra?

—Tanto no.... Ahora déjame; retírate por Dios.

—Está bien, me retiraré, pero antes escucha dos palabras, tan dispuesto estoy para lo malo como para lo bueno; correspondido mi amor puedo ser un cordero, mas despreciado por ti, ¡quien sabe! tiembla tú y tiembla el Reino.

A este tiempo salió Mari-Barba tosiendo á decir á su ama:

—¡Señora!... aun aquí, ved que ya duerme todo Palacio....

—Sí, replicó D. Enrique, menos ese incansable trovador, de cuyas canciones se conoce que hace tanto caso su dama como de mis palabras, la que yo para adorar he escogido.

Despidióse el Infante, y Doña Catalina mientras aguardaba que traspusiera la galería, para bajar al huerto oyó cantar nuevamente.

Para llorar no hace falta  
De mi laud el triste son,  
Rompase, pues está rota  
La cadena de mi amor.

Al echar á andar la Infanta oyó confundirse un suspiro con un ruido estrepitoso: Manrique en efecto acababa de romper su laud.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

## POESIA.

### INSPIRACION RELIGIOSA.

«Deus auster refugium, et  
virtus.....  
Dante - Salmo 33.

¿Cuál mano poderosa  
Dirigió mi bajel, que combatido  
Por la mar procelosa  
Cercano se encontró de ser hundido...!

¿Cuál soberana lumbre

Penetrando en las nieblas de mi mente  
La inmensa pesadumbre  
Pudo rendir que me agobió la frente...!

¿Quién tornó los colores  
A la cándida flor de mi esperanza,

Que mustia y sin primores  
Dejara el huracan en su pujanza...!

¿Quién derramó rocío  
De piadoso dulcísimo consuelo  
Aquí en el pecho mio  
Que rebosaba de amargor y duelo...!

¿Quién me dió en los pesares  
De mi dolor, resignacion cristiana...!  
¿Quién sujetó los mares  
Que la tormenta desbordó inhumana...!

—¡Gran Dios, gran Dios del mundo!  
¡Oh! vos que la mirada derramasteis  
Sobre el suelo profundo,  
Y un mísero del polvo levantasteis;

¡Oh! vos en cuya mente  
Resplandece esa vívida lumbrera,  
El áurco sol fulgente,  
Que débil vuestra lumbrera reverbera.

¡Oh! vos á cuyo aliento  
Comenzó su existencia lo creado,  
Y al oír vuestro acento  
Se humilla con temor anonadado.

¡Oh! vos, Señor, Dios mio,  
Que gozáis en el mundo y en los cielos  
Tan grande poderío,  
Calmásteis mis afanes y mis duelos.

Porque en vos resplandece  
Mas pura que los iris matinales  
Esa bondad que crece  
Con el mísero afán de los mortales.

Y si combate á el alma  
De las rudas pasiones la discordia,  
Presto su furia calma  
Si os demanda el mortal misericordia.

Yo que luché impotente  
Del dolor en el piélago enerespado,  
Perdiendo lentamente  
Las fuerzas de mi espíritu llagado:

Yo que allá en lontananza  
Brillar esplendorosa no veía  
La luz de la esperanza,  
Y solo niebla y confusion sentía:

Cuando tal vez cercano  
Estaba á sucumbir con los furores  
De aquel piélago insano,  
Sin alivio á mi mal y á mis dolores.

Con voz trémula y débil  
Apoyo os demandé: mi amargo duelo,  
Y mi súplica débil  
Resonaron, gran Dios, en ese cielo.

Y un rayo de la lumbrera  
Que vuestro rostro de bondad circunda,  
Desde la excelsa cumbre  
Iluminó la oscuridad profunda.

Y dando el pecho mio  
Las agotadas fuerzas, y á mi alma  
Heróico y nuevo brio  
A una playa llegué de dulce calma.

Gracias, Dios poderoso,  
Que sosegasteis en mi herido pecho  
El huracan sañoso  
En rudos choques por mi mal deshecho.

La luz de fé sincera  
Que en vos en mis venturas y dolores  
Mi corazón tuviera,  
¡Ah! siempre vivirá rica en fulgores.

Y cuando en sus enojos  
La inevitable muerte llegue fria  
A oscurecer mis ojos  
Para velarme en la region sombría,

Mi postrimer aliento  
Será de gratitud y ruego ardiente:  
¡Ah, si suba en el viento  
A espirar en la gloria refulgente...!

ANTONIO ARNAO.

Murcia, Setiembre de 1845.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Terminó el carnaval y terminaron con él las bromas y los disfraces; pero es el caso, que la gente de mal vivir (muy semejante á la que vive mal) se vá permitiendo unas veras tan pesadas, y tan sin disfraz, que casi estamos por dar la preferencia al tiempo de máscaras, sobre el de penitencias y ayunos. Se matan las dichosas

gentes como sino hubiera Dios ni ley, y hasta los barberos (abusando de su sagrado ministerio) meten la hoz en mies ajena, es decir, degüellan y despachan cómo y cuándo mejor se les presenta el caso. ¿Pero qué mas! si hasta los mismos perros, que tan sumisos obedecían sin réplica los bandos del señor Justiniani,

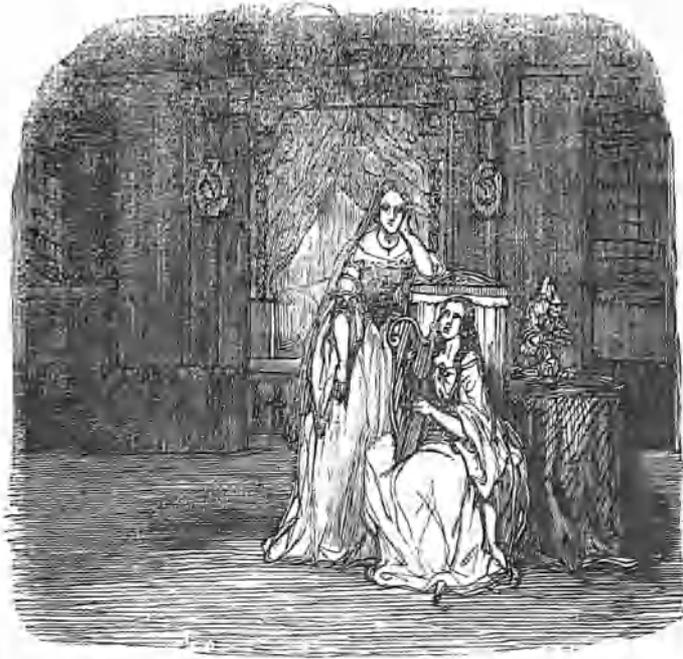
basta esos mismos animales han dado en la rara afición de rabiarse y de morder la gente á troche y moche; cosa harto vituperable en verdad, pues si bien en cuanto á rabiarse, nadie les puede privar de ese derecho que como á españoles les compete, en cuanto á morder á los demas, ya es otra cosa; y harto tiene cada uno que sentir, con que solo le muerta la conciencia.

En fin, tal ha sido el furor que en estos dias ha acometido á todo vicho viviente, que hasta una miserable *chinche* se convirtió en periódico y comenzó á picar sin regla ni medida, en tales términos que para poner

coto á sus desafueros ha sido necesario que cierto escritor á quien se designaba, tratase de arreglar el asunto midiendo á los redactores las espaldas.

El baile de piñata se celebró al fin, como en los demas años; pero la concurrencia fué bastante escasa.

Ninguna novedad dramática notable ha ocurrido durante la semana. La ópera del *Otello* se dió en el teatro del Circo, y en ella hizo su primera salida la señorita *Teresina Michelli*. La ópera es demasiado difícil, para las fuerzas de una compañía tan gastada como la del Circo. Las dotes musicales de la *Michelli*, si bien no son ente-



(Teatro del Circo.—Escena del tercer acto de *Otello*, ópera del maestro Rossini.)

ramente malas, influyen poco para el buen éxito de tan delicado *spartito*. Su voz es un tanto opaca; aunque en el rondó de arpa ha dado muestras de bastante escuela.

En el teatro de la Cruz se representó la nueva ópera, el *Diablo Predicador*, música de D. Basilio Basili, y letra del señor D. Ventura de la Vega. Esta composición ha gustado mucho, luciendo en ella sus facultades, como caricato el señor Salas, para quien fué compuesta expresamente la ópera. La novedad introducida, si no por primera vez, á lo menos, mas completamente que otras ocasiones, de la letra en español, ha merecido el elogio de todos los inteligentes; y segun la maestría con que ha desempeñado este trabajo el señor Vega, no es aventurado asegurar que la lengua española se presta al canto tanto como la italiana.

En el Circo se ha puesto en escena un baile nuevo titulado *Farfarella ó la hija del infierno*: en él se lucen la Guy-Stephan y la Ferdinand. Esta composición es obra de Mr. Petipá. El primer dia no ha sido muy aplaudida, pero en el segundo, el público no dejaba pasar escena de algun efecto, que no quisiera que se repitiese.

En el teatro del Principe se ha representado *Jorje el Armador*, drama terrorífico y lacrimoso, en el que se ha querido parodiar el célebre proceso de Madama Lafarge, acusada y sentenciada por haber envenenado á su marido. Esto si no es divertido, cuando menos es muy moral, y los españoles que estamos menos familiarizados que los extranjeros con semejantes crímenes, podemos irnos acostumbrando á ellos poco á poco con los procesos y los dramas que de Francia nos vienen.

Un jóven poeta bastante conocido por haber redactado algun tiempo la *Iberia Musical*, el señor Valiente, ha compuesto un poema en octavas reales titulado *La Cruz del Salvador*, religioso como su título lo indica, y lleno de uncion y fervor como de las estrofas que hemos visto debemos inferir. Creemos que muy pronto verá la luz pública. Grandes son las esperanzas que en él funda su jóven autor, y sentimos mucho que la falta de espacio no nos permita insertar algunas octavas para que nuestros lectores pudiesen participar y juzgar de aquellas esperanzas.